

Comentario al evangelio del martes, 1 de octubre de 2013

Comenzamos el mes de octubre, el mes misionero. Teresa de Liseaux abre este tiempo y las lecturas de hoy nos acompañan de un modo especial: El que no se hace niño no puede entrar en el Reino de los Cielos. El niño es aquel que depende en todo de los demás porque no puede valerse por sí mismo. Así somos nosotros, aunque pretendamos sacar pecho y pensemos que dominamos la situación, que mandamos sobre nuestra vida. La vida, poco a poco, nos va enseñando que en realidad no es así. Dependemos de tantas cosas que no controlamos, que no dependen de nuestra voluntad o de nuestra fortaleza. Sin embargo esta constatación no es para hundirnos, sino para confiar más en aquel que nos acoge incondicionalmente.

Quizá por eso también nos sorprenda que alguien como Teresa del Niño Jesús sea patrona de las misiones y doctora de la Iglesia. Una jovencísima carmelita descalza, muerta de tuberculosis en el convento donde permaneció toda su vida. Hija de un relojero y una costurera. Mujer de fe criticada en vida y en muerte por muchos que ven en sus escritos y experiencias espirituales una excesiva “sencillez”, simplicidad. Sólo el amor. Sólo amar, decía ella, pues si amor es lo único que he ofrecido a Dios en toda mi vida, amor será lo único que Él me devuelva. Y se definía a sí misma diciendo:

Mi caminito es el camino de una infancia espiritual, el camino de la confianza y de la entrega absoluta... No poseo el valor para buscar plegarias hermosas en los libros; al no saber cuales escoger, reacciono como los niños; le digo sencillamente al buen Dios lo que necesito, y Él siempre me comprende.

Todos hemos recibido por el bautismo el carisma misionero. Jesús nos dice: id y anunciad por todo el mundo que he resucitado y estoy con vosotros. Comencemos este mes de octubre pidiendo a Dios que nos aumente la fe para creer de verdad que el camino que a cada uno se nos muestra y que hemos elegido, grande o pequeño, es el que estamos llamados a caminar... Eso sí: como un niño. Los niños pelean por juguetes, por tener el cariño de quienes los rodean, por captar nuestra atención... pero en ellos no hay malicia, no tienen que disimular retorcidamente –quizá porque aún no saben-, se avergüenzan y vuelven una y otra vez a jugar con los demás. Los adultos peleamos por “nuestros juguetes”, nuestras cotas de poder o protagonismo pero las revestimos de virtudes como tener “sana ambición”, capacidad competitiva, espíritu emprendedor... Incluso con Dios, actuamos así a veces, y queremos ser una especie de “campeones en santidad”... Dejemos que en estos días sea Él quien nos dé ojos y corazón de niño. Misteriosamente, viviendo así, ya estamos colaborando con la única misión de la Iglesia: el Reino.

C.R.

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org